

INTI: Revista de literatura hispánica

Number 95
*Volumen 1, 95 (2022): Paradigmas de la
Actualidad Poética*

Article 34

2022

Primas (cuento)

Gabriela Mayer

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Mayer, Gabriela (August 2023) "Primas (cuento)," *INTI: Revista de literatura hispánica*: No. 95, Article 34.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss95/34>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in INTI: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Primas

Gabriela Mayer

Apenas llegábamos a la casa de la calle Altolaguirre, veíamos a mi prima correr por el jardín. Cumplía casi siempre el mismo ritual. Primero rodeaba el fresno con sus brazos. De lejos, la adivinábamos susurrar. Solía introducir ligeramente sus dedos en algún resquicio de la corteza. Y así se quedaba varios minutos. De ahí, al viejo roble. El abrazo, la recorrida de los dedos por el tronco. Luego, al ceibo. Con los brazos extendidos llegaba a rodearlo justo, justo.

A veces se reía luego de cumplir su itinerario de tres estaciones. Fresno, roble, ceibo. Habitaba, feliz, su mundo de árboles. Y después se iba a su casa que, como no podía ser de otra manera, estaba entre hojas, en la copa del roble.

Mis tíos vivían atentos a ella. Conversaban, aunque la miraban de reojo. Y hacían de cuenta que todo era normal. Mamá les seguía la corriente. Mi prima era apenas unos años más chica que yo. Las dos éramos hijas únicas.

Me costaba entender por qué yo tenía que cumplir con todas las reglas del protocolo familiar. Escuchar a los adultos, terminar cada plato, pedir permiso para levantarme de la mesa. Y ella, que no comía con nosotros, se pasaba corriendo por el jardín. Pero todavía más injusto me parecía que mi prima no me permitiera pisar el césped. Era la reina absoluta y huraña de sus territorios.

Tenía que conformarme con mirar el verde desde lejos, con el aroma a jazmín que llegaba de a oleadas con el viento. Lo que sí me gustaba era que, cuando me aburría de las charlas de adultos, me daban permiso para subir al dormitorio de los tíos a mirar la tele. En casa había un tiempo límite de, a lo sumo, dos horas. Allá no. Un día logré ver “Domingos para la juventud” casi completo en la Hitachi gigante.

Aunque nadie lo dijera, mi prima no sabía hablar. O sea que nunca habíamos podido cruzar palabra. Tampoco iba al colegio. No tenía amigas. Hasta donde podía acordarme, siempre había vivido en la casa del árbol. Mi tío, un hombre sensible, entendió que su hija no podía tener una habitación común. Primero le había construido una casa rudimentaria y después, con la prolijidad que lo caracterizaba, la fue perfeccionando durante sus ratos libres. Sabía que mi prima pertenecía a ese espacio verde, en el fondo del terreno, que habitaba con tanta naturalidad.

Creo que nunca la vi fuera del jardín, ni siquiera cuando llovía. Una sola vez y sin pensarlo, mientras esperaba la comida, salí corriendo de manera automática detrás de ella. Me adentré en el fondo, pisándole los talones. Imaginé que haríamos juntas el itinerario de los árboles. Pero mi cercanía la espantó. Me apartó a los empujones; casi me tira al piso. Volví llorando al quincho.

Mamá me llevó a un costado:

—Ya sabés que ella es especial. No tenés que molestarla.

—Yo solo quería...

—No importa, dejala tranquila en su jardín.

Mi tío, el hermano de mamá, se acercó a ver si yo estaba bien. Ella lo tranquilizó con un gesto y palabras de adultos.

—Son cosas de chicos.

Mi prima siguió aullando y corriendo frenéticamente por el pasto durante un rato largo. Solo que esa vez no realizó sus escalas habituales en los árboles, como si algún equilibrio natural se hubiera roto. Desde entonces comprendí que lo mejor era mirarla a la distancia.

Otra día el tío intentó sacarle una foto desde el quincho. Pensó que su hija no se daría cuenta. Desde detrás de la columna, apuntó con el poderoso zoom de la Canon. Ella pegó un grito agudo. De inmediato dejó de acariciar el césped con los dedos y corrió a esconderse tras los árboles. Esa tarde ya no volvimos a verla.

Mi prima era muy flaca y usaba vestidos ligeros. Las telas se balanceaban con la brisa de la corrida, dejando a la vista sus piernas pálidas. También se le notaban la clavícula y las vértebras, que se le marcaban en la parte superior de la espalda. En invierno, a lo sumo, se ponía un jean y un suéter sueltos. Sus cambios de vestuario eran más bien escasos, cuando su madre lograba convencerla cada tanto de que tenía que bañarse.

Por las paredes blancas bajaba una enredadera tupida, que solía dar flores. A mi prima le gustaba arrancarlas y ponérselas en el pelo.

Mi tía había dejado de trabajar cuando nació su hija. Nunca volvió a su puesto de maestra, aunque, a medida que pasaba el tiempo, quedaba claro que casi lo único que mi prima necesitaba era el jardín. Se ocupaba de observarla y de mantener la casa enorme en condiciones.

Al igual que los tíos y mamá, estaba acostumbrada a las rutinas de mi prima. Lo que me daba bastante pena era que el jardín me gustaba mucho. Me habría encantado que, al menos cada tanto, me dejara pisar

su territorio sagrado. Y siempre morí de curiosidad por conocer su escondite en las alturas.

Porque yo vivía en un departamento chiquito, que apenas tenía un balcón con cuatro macetas de tierra reseca. Mamá iba a trabajar al centro y me cuidaba; en eso ponía todo su empeño. Pero nunca había tenido mucha mano con las plantas. Tampoco se le daba por cocinar. Menos que menos después de que se separó de papá.

Por eso me gustaba ir todos los fines de semana a Altolaguirre. El tío hacía unas pastas caseras riquísimas. Sus fideos eran un verdadero arte, al igual que las salsas. Boloñesa, cuatro quesos, scarpato. Nos quedábamos los cuatro sentados largo rato en el quincho. Comiendo y viendo correr a mi prima por el fondo. Hasta que se cansaba y se metía en la casa del árbol. Con el tiempo, mi prima fue desarrollando más comportamientos extraños. No podía hablarlo con los tíos, y tampoco con mamá, que disfrutaba tanto como yo compartir las tardes en familia, pero sin detenerse en las particularidades de su sobrina.

La primera vez que mi prima desapareció fue después de una tormenta otoñal con granizo, que anegó el jardín. No había ido lejos: estaba en el fondo del dúplex contiguo. Recién entonces mis tíos se percataron de que podía saltar los muros blancos.

La cuestión es que ya no parecía ser la misma criatura, la que solo quería abrazar los árboles. Mi tío encontró una explicación: su mejor amigo había estado sacando fotos en el jardín. Mi tía asentía con la cabeza y callaba. En lugar de utilizar la escalera para subir a su casa del árbol, comenzó a arrimarla con frecuencia a las paredes con enredaderas. Desde ahí, saltaba. Ya no solo era una niña danzante y protagonista de las carreras incesantes por el pasto. Empezó a deambular por los jardines de la manzana, para sorpresa de los vecinos, que nunca la habían visto. Rápidamente se empezó a correr la voz de quién era.

Mis tíos ya no podían vivir tranquilos, haciendo de cuenta que nada pasaba. La nueva rutina los obligaba a tocar permanentemente timbres ajenos, golpear puertas de madera y hablar tras las rejas y por porteros eléctricos para dar explicaciones y preguntar si su hija estaba ahí.

Mi prima se iba convirtiendo en un ser más y más arisco. Indescifrable y escurridizo. Con apenas un instante le alcanzaba para escapar. Ya ni siquiera le interesaba tanto rodear los árboles con sus brazos, sino que prefería trepar y trepar. Mi tío se dio maña para atar la escalera con una correa a la casa del árbol. Y, por las dudas, se aseguró de guardar su Canon en la parte más alta del modular de algarrobo.

A falta de escalera, mi prima comenzó a escalar las ramas del fresno, que daban a la medianera, y desde allí saltó un par de veces a la casa del vecino. Apenas mi tía notaba que mi prima no estaba en el jardín, comenzaba el operativo de búsqueda por Villa Urquiza. No solía llevar mucho tiempo; lo peor era la angustia que pasaban hasta encontrarla. Por lo que contaban, volvía con docilidad. Tal vez planeaba su próxima fuga.

Mi tío entonces tomó la decisión drástica de podar el fresno. Con la escalera atada al roble y el otro árbol desnudo de ramas, parecían haberse cortado las vías de escape. Al domingo siguiente no la vimos en ningún momento. Se pasó el mediodía y la tarde encerrada en la casa del árbol. Nadie lo dijo, pero fue un almuerzo triste, de pocas palabras. Sin la compañía distante de mi prima, ni de sus carreras por el jardín.

—¿Come? —atinó a preguntar mamá.

—Poco —respondió la tía. Cada tanto llamaba a su hija desde el pie del roble, bandeja en mano. La dejaba apoyada sobre el césped y en algún momento mi prima bajaba a buscar la comida. ¿Estaría la casa del árbol llena de bandejas?

—Se siente encerrada —dijo mi tío con pena—. No debí atar la escalera, ni podar el árbol.

Mi tía asintió, mamá también. Yo no sabía muy bien qué se podría inventar para que mi prima volviera a ser, al menos, la niña rara pero alegre de antes. En un momento de ese almuerzo la tía habló de mudarse, aunque rápidamente lo descartaron.

Me fui a ver televisión. “Domingos para la juventud” me pareció bastante aburrido, pero no había otra cosa. Detestaba las películas de cowboys y también las del Gordo Porcel, que daban en los otros canales. Sobre todo, odiaba las risas grabadas de los extras.

Una tarde, mi tío comentó en la sobremesa que necesitaban un cambio de aire. Cuanto antes. Fue un anuncio breve, lacónico. Ni siquiera mamá se atrevió a decir algo, aunque la noté preocupada.

A los pocos días hicieron las valijas. No les importó el invierno ni el frío. La lograron adormecer con un Rohypnol mezclado con la comida. Y se la llevaron en el Renault negro hasta Mar Azul.

Mamá recién pudo comunicarse con el tío al caer la tarde. El viaje había sido rápido, la ruta estaba despejada. Mi prima se despertó al llegar. Le mostraron la casa de una única planta, con generosos ventanales al bosque de pinos. Todo eso le interesó poco: el living con un amplio hogar y cómodos sillones, los dos dormitorios espaciosos, la cocina rústica pero moderna.

El tío también contó que, casi de inmediato, ella se apretó contra la puerta. No pudieron impedirle salir. Pese al frío de la tarde que caía, caminó descalza. Solamente tenía puesto un suéter celeste de lana y un jean. Después corrió haciendo zigzag entre los pinos. Giró, bailó, probablemente sintió la arena en las plantas de los pies.

Parecía la de antes. Miró hacia arriba; tal vez buscaba otra casa en las alturas. Dejó caminos interminables de huellas entre los troncos del bosque. Esa noche volvió y durmió envuelta en una frazada bajo el pino más cercano a la casa.

Ellos no llamaban, era mamá la que se comunicaba al celular del tío. Según supimos después, la mañana siguiente a la llegada se levantaron temprano. Estaba fresco pero soleado. Su última carrera la condujo hasta

las dunas, la playa, el mar.

Mis tíos le dijeron a mamá que de momento prefieren no volver. Tal vez la casa, y sobre todo el jardín, sean demasiado para ellos dos. Se alquilaron un chalet con grandes ventanales hacia el mar. Posiblemente piensen que, algún día, la verán regresar saltando sobre la arena.

Con mamá nos quedamos en Altolaguirre; les cuidamos la casa. Nos trajimos dos valijas grandes del departamento, en las que entró prácticamente todo lo que necesitamos.

Ahora sí, tengo el jardín para mí. Como mamá no se da maña, me encargo de regar cuando llego de la escuela. También inspecciono los hormigueros y arranco los yuyos. A veces me paso horas armando figuras sobre el césped con ramitas y pétalos del jazmín.

Mamá vuelve cansada del trabajo. Como siempre, cocina poco y solemos pedir bastante delivery. Lo que sí, le tomó cariño a la Canon que el tío escondió con tanto cuidado en el modular de algarrobo. Los fines de semana aprovecha para sacar muchísimas fotos en detalle de las plantas, de los pájaros, y también me retrata en el fondo.

Hoy pasaré mi primera noche en la casa del árbol. Ya le pedí a mamá que me traiga la cena en la bandeja. Solamente me duelen los brazos. De tanto abrazar los árboles del jardín.